

Jaime Labastida

Viaje por la poesía

Eduardo Langagne

El amor, el sueño y la muerte en la poesía mexicana, en la edición de Novaro que se terminó de imprimir el 28 de febrero de 1974, hace 42 años, fue mi compañía durante aquel tiempo en que nos empeñábamos en formarnos como poetas, años en los que la lectura perfilaba estilos, poéticas, trincheras, al enseñarnos la tradición de la que venimos y desde la que partimos para continuarla, renovarla, transformarla. No era la primera edición. No obstante, este libro entrañable al que confieso en el corazón de mi memoria, en el centro de las lecturas decisivas, en la recurrencia de la consulta que desgasta sus páginas, viene de nuevo a mí en una edición enriquecida con una selección aún más amplia de poemas que constituyen nuestra referencia literaria, una historiografía poética del siglo XX, con su camino franco, ya en trote veloz recorriendo este siglo XXI.

El incipiente poeta y el que haya podido alcanzar a ser hoy no tenemos sino gratitud hacia el antologador de esta ruta poética que fue norte en la juventud y que ha sido referencia fundamental para disfrutar —por el camino de la comprensión— la poesía de la tradición que nos sustenta.

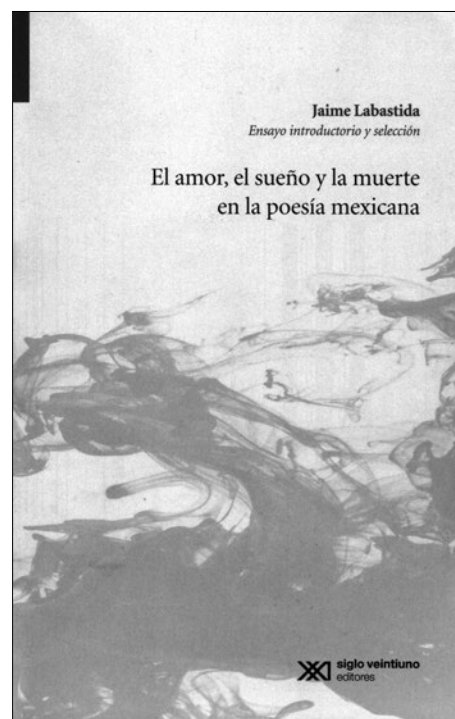
En su prólogo, valioso por esclarecedor y deleitable, vivificado también por un permanente ejercicio crítico, Jaime Labastida refiere la idea propuesta por Pedro Henríquez Ureña, respecto a que después de sor Juana no hay poesía importante en México hasta Manuel Gutiérrez Nájera; es decir, hasta el Modernismo, ya bien entrado el siglo XIX. Percepción en la que Labastida reflexiona para proponer una lectura que no nos confine a los extremos, que no pacte con el vacío histórico, sino que haga visible el eslabón que repre-

sentan autores como Gutierre de Cetina o Luis de Sandoval Zapata, y algunos poetas del XIX que enlazan Romanticismo con Modernismo, significados por Manuel Acuña, Manuel J. Othón y Luis G. Urbina, contemporáneos del Duque Job, cuando la férrea tarea de erigir una nación era la principal preocupación de la vida independiente y, en consecuencia, de quienes construían la literatura del país. Fue en ese lapso que las varias propuestas estéticas por atender, entre ellas las de la creación literaria, estaban vinculadas al periodo de la búsqueda de una identidad nacional. Un momento en el que Altamirano proponía que tanto en la novela como en la canción popular podían exaltarse los valores de la patria y encontrar la expresión posible de una identidad fortalecedora.

Acuña, Othón y Luis G. Urbina están presentes en *El amor, el sueño y la muerte en la poesía mexicana* junto a Gutiérrez Nájera, para fundamentar que no se termina con corte limpio el pasado para franquear el futuro, que nunca se inicia de la nada.

La época representa para el idioma que compartimos un momento de búsqueda y de renovación; a los intelectuales de nuestra América les corresponde hacer la reflexión sobre su circunstancia continental. Así, con un notable fervor interrogan la tradición poética, encuentran los valores de sus recursos literarios y revalorizan el idioma.

El Modernismo en Hispanoamérica fue una forma eficiente y puntual de devolver a la lengua española una propuesta creativa en el mismo idioma heredado durante la dominación, enriquecido por las voces indígenas originales y hecho propio como lengua materna rica y expresiva.



Tenemos en cuenta que el octosílabo y el endecasílabo son las medidas del verso más utilizadas en nuestra creación poética hispánica. Dice el gran amigo de Alfonso Reyes, Henríquez Ureña, citado por Labastida, que el endecasílabo “es el verso por excelencia clásico de las literaturas castellana y portuguesa”. Es verdad. Aunque hay que agregar que lo que en portugués suena a endecasílabo para nuestro oído castellano es en realidad un verso decasílabo, de diez sílabas para la retórica de la lengua portuguesa, ya que la regla de versificación es más sencilla: simplemente el último sonido fuerte del verso da la medida. Obviamente sucede lo mismo con el octosílabo, que en portugués es heptasílabo. En esta estrofa con la que da inicio “Vou-me embora pra Pasárgada”, poema de Manuel Bandeira, notamos que la variedad acentual de los versos, *heptassílabos* en portugués, suenan a octosílabos en castellano.

Vou-me embora pra Pasárgada
Lá sou amigo de rei
Lá tenho a mulher que eu quero
Na cama que escolherei

Jaime Labastida plantea en su prólogo conceptos filosóficos, desarrolla juicios sobre la creación poética y sobre el poema como estructura literaria; ofrece pla-

taformas variadas para la actualización de las polémicas que pueden darse alrededor de este asunto tan cercano a todos, tan lejano a todos. Una actualización necesaria, que clarifica ideas sobre algo en lo que no hay aún definición exacta: la poesía. La poesía es creación, la poesía es *algo de lo que hacen los poetas*, y probablemente es un *no sé qué que queda balbuceando...*

Todo estudio o reflexión sobre la poesía, estoy convencido, incluye a Machado. *Hoy es siempre todavía*. Antonio Machado escribe filosofía cantada. Es un poeta que leyó a su contemporáneo Ortega y Gasset. *Canto y cuento es la poesía, se canta una viva historia contando su melodía*, afirma, y las enseñanzas de Juan de Mairena son parte de esta apuesta reflexiva que Labastida asume certeramente.

El prólogo de *El amor, el sueño y la muerte en la poesía mexicana* nos conduce a confirmar que las vanguardias abrieron espacios de creación más amplios, pero también nos obliga a volver a reconocer que estos nuevos ámbitos de propuesta creativa no siempre concluyeron con el experimento que quisieron realizar. La rima no necesariamente trae poesía, pero la ausencia de rima tampoco hace el poema. Machado también sugiere: *librate del verso cuando te esclavice*. Es verdad que el verso libre ha dejado una maravillosa posibilidad de combinar versos clásicos, estrofas clásicas y acentuaciones distintas de cada uno de los tipos de verso. En esta bella estrofa contemporánea llamada verso libre, el poema dice de la manera que le es más conveniente. Al ampliar las ideas de Gorostiza sobre la poesía actual, con todo y que la palabra *actual* se actualiza permanentemente, las que argumenta Labastida en su prólogo me hacen recordar cuán cierta es aquella sentencia de la sabiduría popular que me gusta repetir: *hay quien ensucia el charquito / pa que luzca más profundo*.

Desde mi punto de vista, la metáfora se elabora para que el sonido de la imagen facilite la comprensión del verso.

En el poema, las palabras saben traducir con fidelidad la emotiva expresión de los acontecimientos. Tienen presencia el sustantivo adecuado y el adjetivo que da vida. Ambos, en comunión semántica, se suman al testimonio lírico, o épico. En fin,

creo que uno de los propósitos de la poesía es enaltecer la vida, lo cual nos enseña a valorarla en una dimensión poliédrica.

Esta antología es un libro de texto para los lectores en general, un compendio jugoso para los lectores de poesía, indispensable para quienes escriben poesía y, más aun, para quienes quieren escribir poesía. La selección de poemas y poetas que ha ampliado para esta edición Jaime Labastida es sumamente rica. Para cada autor ha escrito comentarios, singularizando las características de su poesía. En el apartado de *El amor*, la muestra nos conduce por la silenciosa pasión prohibida de Manuel José Othón, que en “Idilio salvaje” nos dio uno de los momentos más inquietantes de la poesía mexicana; por el riguroso Díaz Mirón, compilando términos en desuso para darles nueva dimensión semántica, cincelandos su poema como una joya en un idilio bucólico; por el innovador Tablada, vanguardista, orientalista; por el Efrén Rebolledo que escribe poemas del amor entre muchachas con toda la sorpresa para su momento; por el Pellicer solar y fluido, el Pellicer fluvial.

Celebro especialmente la novedosa inclusión del ciclo de poemas de López Velarde sobre Fuensanta, la atinada propuesta que significa leer reunido todo el ímpetu destinado a Josefa de los Ríos, su amor juvenil. Un momento resaltable del volumen es el ensayo en el que Jaime Labastida arriesga y valoriza, en una nueva lectura, el poema “Hormigas”: esa vocación dual de López Velarde por la carne y el espíritu; la culpa por el desenfreno o por lo menos la sombra posterior al gozo carnal.

En López Velarde se dan cita algunas consideraciones modernas, del Modernismo específicamente, y están aprehendidas las del XIX. En esta selección vemos imágenes distintas del rostro poético del jerezano que abren nuevas y estimulantes lecturas. Labastida recoge así la ilimitada expresión poética de una de nuestras voces más importantes, el joven abuelo, santo laico o padre soltero de la poesía mexicana.

El libro suma también a Gilberto Owen, misterioso y lúcido; a Rosario Castellanos, punto de enlace a la mitad del siglo XX con todo lo que nuestras autoras contemporáneas nos traen a la poesía en los años re-

cientes; a Alí Chumacero, inagotable en su espacio breve, generoso y eterno maestro.

El único poeta vivo incluido en esta muestra es, mercedamente, Eduardo Lizalde, que con *El tigre en la casa* ha ofrecido un altísimo momento que renueva nuestra poesía. Leemos al clásico Gutierre de Cetina de *ojos claros, serenos* y al prestigioso Luis G. Urbina que sabe desafiar un beso con una mano frágil que lo evita.

La selección acrecentada de Rubén Bonifaz Nuño, uno de los poetas leídos por los jóvenes con sincera cercanía afectiva, reúne poemas de *El manto y la corona* como “Amiga a la que amo: no envejecas”, una relectura que Bonifaz hizo al antiguo poema de Rosnard, de los *Sonetos para Helena*, de 1587, que conocimos traducido por Lizalde. Las lecturas y apropiaciones que nuestros maestros hicieron de poemas clásicos son indudablemente una enseñanza. De Octavio Paz, que con su inteligencia nutrió la segunda mitad del siglo XX, leemos “Piedra de Sol,” uno de los grandes poemas del idioma.

En “El sueño”, Ortiz de Montellano está presente con su “Segundo sueño”, heredero de sor Juana, nuestro punto de partida, que en su largo poema de casi mil versos lleva a la conciencia adormecida hasta el nacimiento del día.

Al final está “La muerte”. Canta Jaime Sabines la pérdida del padre; Enrique González Martínez la pérdida del hijo; Luis de Sandoval Zapata la pérdida del espíritu.

El centenario cocodrilo Efraín Huerta con el “Borrador para un testamento” y sus necrologías para Darío y Kafka; Manuel Gutiérrez Nájera que no muere del todo paseando el modernismo por Plateros, evocando el París del XIX. Manuel Acuña con su olor cianúrico de almendras; el Xavier Villaurrutia nocturnal, nostálgico y el José Gorostiza de la “Muerte sin fin” que completa este libro con su voz concluyente: “¡Anda, putilla del rubor helado, / anda, vámonos al diablo!”.

En *El amor, el sueño y la muerte en la poesía mexicana*, de Jaime Labastida, se ofrece una ruta de lectura con tres temas que recogen poemas esenciales y se celebra la poesía escrita en México, poemas que hacen un homenaje a nuestra lengua. **U**